



Familia Mariannahill

Julio - Octubre • Año XLIV • 2021 / 3

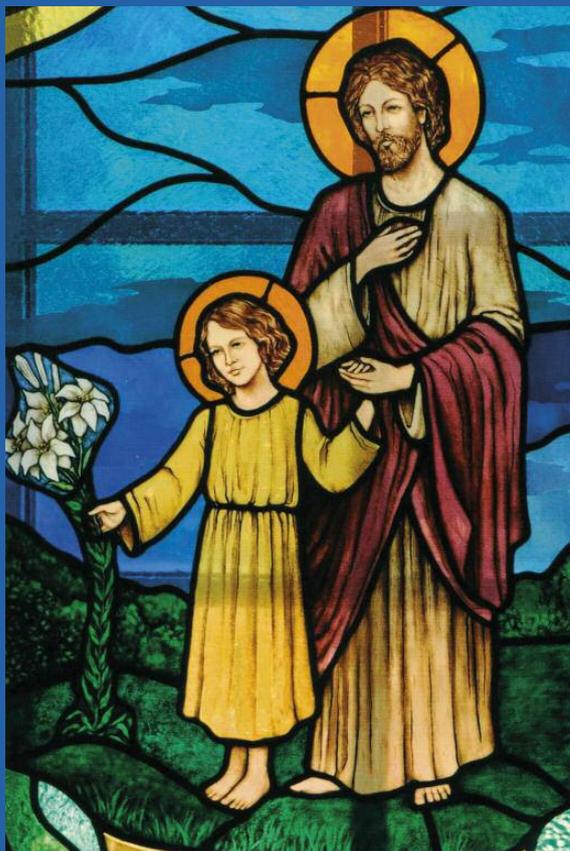
¡N° 200!



Oración a San José

Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén.*

San Serafín de Sarov
[1754 - 1833]



San José, Protector de Mariannahill:
Detalle de la vidriera que se encontraba
en la Casa de Mariannahill de Czeladz [Polonia].

© P. ARNOLD SCHMITT CMM [Papúa-Nueva Guinea]

* Oración tomada de la nota n.º 10 de la Carta Apostólica *Patris Corde* del Papa Francisco [8 de Diciembre de 2020], donde dice: "Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes, recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José".



Familia Mariannhill

JULIO - OCTUBRE
AÑO XLIV - 2021 / 3
N.º 200

EDITOR

Misioneros de Mariannhill
c/ Arturo Soria, 249, Bajo A-B
28033 MADRID (España)
Tel.: 91 359 07 40

DIRECCIÓN

P. Lino Herrero Prieto CMM
frlinuscmm@yahoo.es

MAQUETACIÓN

Carmen Borrego Muñoz
emecarmen@gmail.com

IMPRESIÓN

Imprenta Kadmos
c/ Río Ubierna, 12-14
Pol. Ind. El Tormes - 37003 SALAMANCA

Depósito Legal: S. 188-1984

Licencia eclesiástica: Obispado de Salamanca

EL BOLETÍN "FAMILIA MARIANHILL" SE ENVÍA GRATIS A LOS BIENHECHORES Y AMIGOS DE MARIANHILL Y DE SU LABOR MISIONERA Y SE SOSTIENE CON LOS DONATIVOS DE SUS LECTORES.

SE AUTORIZA LA REPRODUCCIÓN DE ARTÍCULOS DE "FAMILIA MARIANHILL", CITANDO SU PROCEDENCIA Y ENVIANDO DOS EJEMPLARES A SU REDACCIÓN.

FOTO DE PORTADA: P. JOSÉ FRANCISCO FLORES ZAMBRANO CMM [Colombia]

MARIANHILL EN ESPAÑA

Arturo Soria, 249, Bajo A-B
28033 MADRID
Tel.: 91 359 07 40
Los Zúñiga, 2
37004 SALAMANCA
Tel.: 923 22 18 85

MARIANHILL EN COLOMBIA

Kr. 98 - N.º 57 B - 28 Sur
110711 BOSA-Bogotá / COLOMBIA
Tel. 0057-1-489 88 13
colombiacmm@gmail.com

Ayúdanos con tu donación

Congregación de los Misioneros de Mariannhill
BBVA [Bogotá/Colombia]
CCC 0013 0472 01 0100018597
Swift GEROCOBB
Código Emisor 0472
NIT. 900 241 132-2

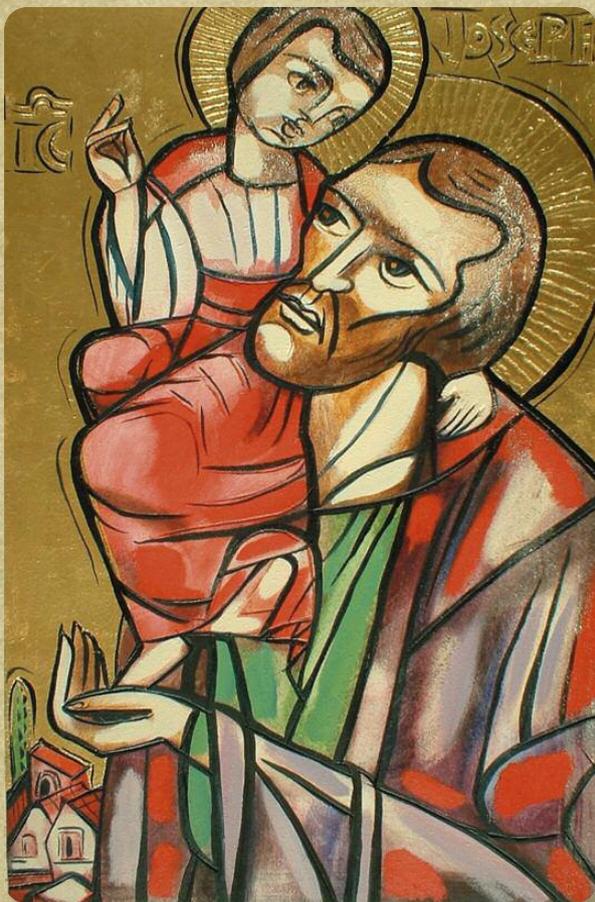
Índice

Oración a San José	2
Patris corde: Con corazón de padre	4-11
El abad Francisco, amigo de San José	12-17
Beato Engelmar: Madera de santo [24]	18-20
Causa del Beato Engelmar: Favores y testimonios	21-22
El camino de San José	23-26
El carisma misionero del Abad Francisco [65]	27-30
Mensaje del Papa para el Domund 2021	31-37
Nuevo arzobispo de Durban .	38-39
En la senda del Abad Francisco	40-42
El precio de nuestra revista misionera	43
Mariannhill	44-45
Ayúdanos a formar misioneros	46
Nuestra página vocacional [n.º 81]	47
Natural/Sobrenatural	48

SEPARATA: Orcional de la Familia
Mariannhill (Fascículo N.º 61)

Patris corde:

CON CORAZÓN DE PADRE



© P. ARNOLD SCHMITT CMM [Papúa-Nueva Guinea]

San José, Protector de Mariannahill: Pintura realizada por la Hna. Maria Pienza Selhorst CPS. La obra se encuentra en la Casa General de los Misioneros de Mariannahill en Roma [Italia].



Con motivo del 150° aniversario de la declaración de san José como Patrono de la Iglesia Universal, el santo padre Francisco firmó la carta apostólica *Patris corde -Con corazón de padre-*. El mencionado documento consta de una introducción, siete números y una conclusión.

Ofrecemos a nuestros lectores de la revista *Familia Mariannahill* un resumen de los contenidos de la misma. Nos valemos para ello del resumen facilitado por la archidiócesis de Madrid.

Nos vemos movidos a hacer esta publicación, dado que, desde los tiempos del abad Francisco Pfanner, Mariannahill tiene en san José a un poderoso protector.

Con corazón de padre: así fue cómo amó José a Jesús, quien es llamado en los cuatro Evangelios como el “hijo de José”. Los textos evangélicos «refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fue y la misión que la Providencia le confió». San José fue un humilde carpintero, desposado con María; un “hombre justo” [Mt 1,19], siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios, manifestada en su ley [cf. Lc 2,22.27.39] y a través de los cuatro sueños que tuvo [cf. Mt 1,20; 2,13.19.22].

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel. En los pueblos antiguos poner o dar nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia sobre ellas, como hizo Adán en el relato del Génesis [cf. 2,19-20].

En el templo, junto a María, su esposa y madre del Niño, José presentó a Jesús a Yahvé Dios y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María [cf. Lc 2,22-35]. Para proteger al Niño de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero [cf. Mt 2,13-18]. De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño pueblo de Nazaret. Cuando, en una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley [cf. Lc 2,41-50].

Después de María, ningún santo ocupa tanto espacio en el magisterio pontificio como san José, para destacar así el papel central que ha tenido en la historia de la salvación. El beato Pío IX lo declaró *Patrono de la Iglesia Católica*; Pío XII le denominó *Patrono de los Trabajadores*; san Juan Pablo II le llamó *Custodio del Redentor*.

Con esta carta apostólica quiere el papa Francisco compartir algunas reflexiones sobre San José, figura extraordinaria y, a la par, tan cercana a nuestra condición humana. Afirma que tal deseo se fue incrementando durante estos meses de pandemia, en los que hemos experimentado que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas–». Todos pueden encontrar en san José –el hombre que pasa desapercibido, el de la presencia diaria, discreta y oculta– un intercesor, un apoyo y un guía en tiempos de dificultad. Su persona nos enseña que los que están ocultos o en *segunda línea* tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación.

[1]

Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación».

Según el papa san Pablo VI, la paternidad de san José se manifestó concretamente *“al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida”*. San José hizo de la autoridad legal que le correspondía en la Sagrada Familia un don total de sí mismo, de su vida y de su trabajo; más aún, convirtió su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo y de su corazón. San José puso toda su capacidad de amor al servicio del Mesías nacido en su casa.

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un *padre* que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como demuestran las muchas iglesias, oraciones e invocaciones dedicadas a él. La confianza en san José se resume en la expresión *“Ite ad Ioseph”*, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente pedía pan al faraón y él les respondía: *“Id donde José y haced lo que él os diga”* [Gn 41,55]. San José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

[2]

Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día *“en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres”* [Lc 2,52]. Como hizo el Señor con Israel, «le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el

padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer» [cf. Os 11,3-4].

Jesús percibió reflejada la ternura de Dios Padre en José, quien a buen seguro en la recitación de los Salmos en la sinagoga habría oído que el Dios de Israel es un Dios de ternura, que es bueno para con todos y que «su ternura alcanza a todas las criaturas» [cf. Sal 145,9].

La historia de la salvación se cumple creyendo “*contra toda esperanza*” [Rm 4,18], aún en medio de nuestras debilidades. Por eso, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con ternura. El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con juicio negativo; en cambio, el Espíritu la saca a la luz con ternura. El juicio severo hacia los demás a menudo es signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salva de la obra del Acusador [Ap 12,10], poniéndonos en camino al encuentro con la Misericordia de Dios en el sacramento de la Reconciliación. La Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona, como el Padre misericordioso de la parábola: «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» [cf. Lc 15,32].

También, en los momentos de angustia, san José nos enseña que tener fe en Dios, sabiendo que Dios puede actuar a través de nuestros miedos, fragilidades, debilidades. En medio de las tormentas de la vida no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. Aunque creamos tenerlo todo bajo control, Él tiene siempre una mirada más amplia.

[3]

Padre en la obediencia

Así como Dios manifestó sus planes de salvación a María, también lo hizo con José, revelándole sus designios a través de sueños que, en la Biblia y en los pueblos antiguos, eran un medio mediante el cual Dios manifestaba su voluntad.

En el primer sueño Dios reveló a san José que la criatura que María llevaba en su seno venía del Espíritu Santo, animándole a que no temiera acogerla en su casa. Con su obediencia, José superó el drama y salvó a María. En el segundo sueño, Dios le ordenó coger al Niño y a su madre y huir a Egipto, porque Herodes quería matarlo; despertado José del sueño, no dudó en obedecer. En el tercer sueño, Dios le comunica que ya han muerto los que querían matar al Niño, ordenándole levantarse, coger al Niño y a su madre y volver a Israel; y san José obe-

deció sin vacilar. En el cuarto sueño, “al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños se retiró a Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret” [Mt 2,22ss].

El evangelista Lucas relata que san José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, obedeciendo la orden del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen, donde nació Jesús. Los padres de Jesús observaron diligentemente todas las prescripciones de la ley: la circuncisión de Jesús, la purificación de María, la presentación del primogénito a Dios [cf. 2,21-24]. En cada circunstancia, José supo pronunciar su *fiat*, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, como cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios [cf. Ex 20,12]. En *la vida oculta* de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer de la voluntad del Padre su *alimento* [cf. Jn 4,34]. Así se fue preparando para que en el momento de Getsemaní, Jesús prefiriera hacer la voluntad del Padre y no la suya, y así se hizo “obediente hasta la muerte” [Flp 2,8] y “aprendió sufriendo a obedecer” [Heb 5,8].

Todos estos acontecimientos muestran que José «*ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente ‘ministro de la salvación’*» [Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, n. 8].

[4]

Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas: confía en las palabras del ángel y supedita a la caridad lo aprendido por ley, como «varón respetuoso, delicado, que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María».

Ante lo que no entendemos, surge la decepción y la rebelión. San José sabe dejar al lado sus razonamientos y, por misterioso que le parezca, acoge lo que acontece. Si no lo hacemos, no podremos seguir avanzando, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José se explica como la de aquel que *acoge* una historia más grande y un significado más profundo, como Job: “Si

aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?" [Jb 2,10]. Sólo desde la acogida, es posible la reconciliación. San José no es un protagonista pasivo, sino valiente y fuerte: con esa acogida manifiesta la fortaleza del Espíritu Santo, porque sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, incluso cuando se torna contradictoria, inesperada y decepcionante.

Jesús es un regalo del Padre para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no llegue a comprenderla del todo. Dios nos repite a cada uno lo que dijo a san José: *"hijo de David, no temas"* en hacer espacio –sin resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza– a lo que no hemos elegido y se nos da estando oculto su significado. Este *realismo cristiano* sabe *"que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios"* [Rm 8,28], porque la fe da sentido a cada acontecimiento, sin buscar soluciones fáciles ni atajos, sino afrontando cada situación con lucidez y responsabilidad.

La acogida vivida por san José nos invita y anima a acoger a los demás, sin exclusiones ni restricciones, tal como son, con preferencia por los débiles y descartados, porque Dios es misericordioso y elige lo débil, es *"padre de los huérfanos y defensor de las viudas"* y nos ordena amar al extranjero y hacernos cercanos a los que peor lo pasan.

[5]

Padre de la valentía creativa

Las dificultades sacan de nosotros recursos que desconocíamos poseer. Dios actúa a través de eventos y personas. Así, por medio de san José, Dios se ocupó de sacar adelante la historia de la redención desde sus mismos comienzos. San José es el *milagro* con el que Dios salva al Niño y a su madre, confiando en su *valentía creadora*. Así, cuando llega a Belén y no hay lugar para ellos en la posada, convierte un establo en un lugar acogedor para que pudiera nacer el Hijo de Dios; ante el peligro de Herodes, que quiere matar al Niño, es alertado en un sueño y, en medio de la noche, organiza la huida a Egipto.

Cuando parece que estamos en manos y a merced de fuerzas superiores incontrolables, Dios viene en nuestro auxilio para salvar siempre lo más importante, si nos decidimos a tener la valentía creativa de José, que sabía transformar un problema en una oportunidad, poniendo siempre la confianza en la Providencia divina. Aunque se den situaciones en las que parece que Dios no nos ayuda, hemos de estar seguros que Él nunca nos abandona, sino que confía en nosotros, en

lo que podemos planear, inventar, encontrar a fin de conseguir lo que creemos necesitar. Recordemos el ingenio de los amigos del paralítico para llevarle ante Jesús. Así fue como actuó san José en Egipto, como lo hacen hoy tantos hermanos migrantes. Por eso, es san José es también el santo patrono de los que tienen que dejar su tierra por la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

San José cuidó siempre de Jesús y María, su Madre, haciendo lo que Dios le decía y pedía, porque ellos son *"el tesoro más preciado de nuestra fe"*. El Hijo del Todopoderoso vino al mundo asumiendo una gran debilidad y, por ello, necesitaba de un padre como san José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confió a su cuidado a su Hijo y a la Madre de este Hijo encarnado, no sólo para salvar su vida, sino para velar siempre por ellos. San José será siempre el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia y en su maternidad se manifiesta la maternidad de María. De san José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su Madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades están siempre *el Niño y su Madre*.

[6]

Padre trabajador

San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de comer el pan como fruto del propio trabajo. En esta época de trabajo precario y desempleo –mayor aún por la persistente pandemia del Covid– debemos redescubrir el valor del trabajo. Dicho valor descansa en que es participación en la obra de la salvación y del Reino; desarrollo de las propias potencialidades y cualidades al servicio de la sociedad y la comunión; realización de la persona y de la familia; colaboración en la obra creadora de Dios... Revisemos nuestras valoraciones y prioridades e imploremos a san José, el Obrero de Nazaret, para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

[7]

Padre en la sombra

Para Jesús, san José vino a ser *la sombra del Padre celestial* en la tierra: lo auxilia, lo protege y no se aparta jamás de su lado para seguir sus

pasos, como Moisés dice a su pueblo Israel: “En el desierto viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino” [Dt 1,31]. Así fue como san José ejerció la paternidad durante toda su vida.

Nadie nace padre, sino que se hace tal. Nadie se hace padre sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que en la vida alguien asume la *responsabilidad* de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la *paternidad* respecto a él.

En nuestro tiempo, los niños *parecen no tener padre* y la Iglesia *necesita padres*. Cada sacerdote u obispo debería poder decir: “Fui yo quien os engendré para Cristo al anunciaros el Evangelio” [cf. 1Co 4,15], y también: “Sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros” [cf. 1Co 4,19].

Ser padre significa *introducir al niño en la experiencia de la vida y de la realidad*: no para retenerlo, encarcelarlo o poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, ser libre y salir. Por eso, la tradición cristiana llama a san José *padre castísimo*, dado que sólo el *amor casto* es verdadero amor. De hecho, Dios ama al hombre con *amor casto*, dejándolo libre incluso para equivocarse y enfrentarse a Él.

El mundo necesita *padres* y rechaza los *amos*, que usan la posesión del otro para llenar su propio vacío y confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo y fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del *don de sí mismo*, que es la maduración del simple *sacrificio*: el sacerdocio y la vida consagrada, como la vida conyugal y familiar, exige este tipo de *madurez*.

Cada niño lleva consigo un *misterio*, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de *un padre que respete su libertad*. El verdadero padre que cumple su acción educativa y vive plenamente su paternidad cuando se hace *inútil* y ve que el hijo es autónomo y camina solo. Como san José, que sabe que el Niño no es suyo, sino sólo confiado a su cuidado. Así, evoca una *paternidad superior* y es *sombra* del único Padre celestial, que “*hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos*” [Mt 5,45].

Y así san José se convierte, desde el silencio elocuente, en intercesor y modelo a imitar en el camino de la caridad -*santidad*-. Por eso, debemos implorar de san José *la gracia de las gracias*: nuestra *conversión*.

P. Lino Herrero Prieto CMM
Misionero de Mariannahill

El abad Francisco,

AMIGO DE SAN JOSÉ





**olemos decir que Mariannahill -Monasterio tra-
pense fundado en 1882 cerca de la ciudad de
Durban [Kwazulu-Natal/Sudáfrica] y hoy Casa
Madre de los Misioneros de Mariannahill-no se en-
tiende sin aquél que fue su fundador, el Siervo
de Dios Abad Francisco Pfanner. Pero el mismo
Abad nos corrige: Mariannahill no se entiende sin san José.**

Cuatro fueron las preocupaciones del abad Francisco al acometer la aventura misionera de Mariannahill: la evangelización de los pueblos zulúes, la obtención de los medios materiales necesarios, la formación de buenos y santos monjes y hacer que todo ello quedara orientado hacia el cielo, hacia Dios. Y con el fin de poder atender a estas cuatro preocupaciones, el abad Francisco buscó y encontró en san José a su poderoso Protector.

El abad Francisco escogió a san José como protector de todas las empresas misioneras de Mariannahill, porque san José fue el primer misionero que llegó al continente africano cuando llevó al Niño Jesús a Egipto: *“San José, buscando refugio en tierra de Egipto, fue el primero que llevó a Jesús al continente africano... San José fue el primero que plantó el grano de mostaza del cristianismo en tierras africanas... San José llevó por primera vez al Salvador a los gentiles en el valle del Nilo”.*

El abad Francisco escogió a san José como protector de todas las obras materiales, de desarrollo social y de promoción humana de Mariannahill, como eran templos, conventos, hospitales, escuelas, talleres, establos y granjas, porque San José fue el que alimentó, vistió y cobijó al Niño Jesús en Nazaret: *“La gente dice que soy un exagerado a la hora de pedir dinero para los zulúes...; que soy un descarado... Con gusto me dejo llamar atrevido porque cada necesidad material se la encomiendo a san José. En los últimos 19 años los negocios más redondos los he realizado con el carpintero de Nazaret... Comencé las edificaciones sin*

◀ *San José, Protector de Mariannahill:
Imagen situada en la cara interior
del pórtico del Monasterio de Mariannahill
en KwaZulu-Natal [Sudáfrica].*

un centavo en el bolsillo y san José, mi constructor y arquitecto, me suministró siempre el dinero necesario para ello”.

El abad Francisco escogió a san José como protector de todas las tareas realizadas en Mariannahill tendentes a la formación de religiosos santos, porque san José fue el que formó y educó al Niño Jesús con el ejemplo de una vida santa, humilde y silenciosa: *“San José fue un hombre religioso y santo porque supo guardar silencio... Ser silencioso es tanto como ser santo. Un monje silencioso es humilde, paciente, no hace mal ni se queja... San José enseña a nuestros novicios a ser buenos religiosos porque les educa en el silencio interior”.*

El abad Francisco escogió a san José como protector de toda la vida y actividad desarrollada en Mariannahill porque, realizada la travesía, se necesita un experto mariner y práctico que introduzca el barco en el puerto y san José es esa mano segura y experta que guía a personas y actividades hacia Dios, puerto feliz de toda navegación: *“Quiero que todo el mundo se entere de que san José es un gran mariner. Pero mucho más aún le necesitamos como práctico y guía espiritual. Como tal nos puede hacer un excelente servicio, pues es el mejor patrono de la buena muerte. Y es que de eso depende todo, de poder morir bien. Este es el viaje más importante, el que cruza el mar de la eternidad. ¡Oh eternidad, mar inconmensurable! O mare, quam magnun et spatiosum!”*

Al fundar el Monasterio de Mariannahill, el abad Francisco se embarcó en una aventura misionera que requería cantidad de medios materiales para poder ser llevada a cabo y que precisaba de religiosos santos para su puesta en práctica. Y todo ello con la única finalidad de acercar la Salvación de Cristo a los pueblos africanos del sur del continente.

Para llevar a buen puerto la nave de Mariannahill, así diseñada, el abad Francisco se buscó como experto mariner y práctico a san José. Por ello Mariannahill reconoció desde un principio a san José como a su Protector.



© P. ARNOLD SCHMITT CMM [Papúa-Nueva Guinea]

Sagrada Familia de Nazaret: Escultura que se encontraba en la Casa de Mariannahill de Czelandz [Polonia].

San José: el primer misionero en África

Recuerda el Abad que hubo un tal José, hijo de Jacob, que vendido a unos nómadas por sus propios hermanos, fue llevado a Egipto y llegó a ser jefe de la Casa del Faraón. Cuando años después se dio a conocer a sus hermanos, les dijo: “para vuestro bien me ha enviado Dios a Egipto delante de vosotros”. Estas palabras también las podía repetir con propiedad el mismo *san José*, pues para bien de la tierra africana y de todos

sus moradores llevó al Redentor a un país en el norte del continente africano. *San José* llevó al Redentor a la tierra de los gentiles.

Y continúa el Abad diciendo que los trapenses cuando llegaron a Sudáfrica, aunque poco era lo que tenían, era mucho en comparación con lo poquísimo que tenía *san José*: “... Cuando nosotros llegamos a esta parte de África y pudimos ofrecer descanso a nuestros cuerpos fatigados sobre la hierba, cubiertos con mantas y bajo tiendas, ¡qué ricos fuimos en comparación con *san José*! *San José* probablemente no tenía una tienda donde protegerse del sol y de la lluvia”.

Situado en el valle del Nilo, *san José* no se preocupó únicamente de atender las necesidades materiales de los tesoros que Dios le había encomendado a su custodia, Jesús y María; se preocupó también de la salvación de la gente que vivía a su alrededor, que atraídos por su lengua extraña y por su indumentaria diferente, se acercaban a Él. A *san José* “no le podía ser indiferente si los indígenas conocían o no al Dios verdadero y al Salvador recién nacido”.

Y dirigiéndose a sus monjes el Abad les dice: “... vosotros habéis dejado atrás, igual que *José*, a vuestros familiares, vuestras posesiones y vuestra patria. Incluso habéis dejado un continente de clima moderado y habéis venido a África, al mismo continente al que vino él, bajo ese mismo sol de justicia con casi idéntica temperatura a la que tuvo que soportar él”. Si *san José* llevó a los paganos al mismo Salvador, los trapenses misioneros de Mariannahill llevaron a Jesús a África. Y añade el abad Francisco: “Cuando llegamos aquí, nuestros africanos sabían de *san José* y del niño Jesús tanto como hace 1800 años los habitantes de Heliópolis en el valle del Nilo. La única diferencia es ésta: *San José* llevó a Jesús, su luz y su gracia a los africanos en la punta noreste del continente y nosotros a los que viven en estas regiones del sur”.

Pasa ahora el abad Francisco a poner de relieve otra dimensión de la comparación que está realizando entre la llegada de *san José* al norte de África y la llegada de los trapenses, y señala que *san José* “no llevó otra cosa que sus pies heridos y su ropa gastada después de tan largo y duro viaje desde el país de los judíos. Vosotros os acordáis muy bien de cómo, después de dos años de luchar contra los espinos y los cactus en nuestro hábitat anterior, estaban vuestros pies heridos y vuestros hábitos hechos jirones... ¿Acaso no es cada bautismo de uno de estos nativos que hasta ahora se tenían como cerrados e imposibles

de convertir, una victoria del bien e incluso de los trapenses?... De hecho, san José ha demostrado ser no sólo nuestro tutor, sino también nuestro guía misionero. Ha escuchado nuestra oración”.

La confesión que hiciera José, el hijo de Jacob, ante sus hermanos la pone el Abad en labios de san José y dirigida a los trapenses: *“Por vuestra salvación he sido enviado a África delante de vosotros”.* Esto significa para el Abad que san José se ha convertido en un modelo misionero para los trapenses: *“... para que de san José aprendáis el celo misionero”.* Por todo lo dicho, el Abad no dudó un momento a la hora de poner toda su actividad misionera bajo el cuidado y protección de san José: *“Por esta razón queremos poner todo lo que tiene que ver con la conversión y la cristianización bajo la protección de san José: las escuelas, el instituto para los chicos y el colegio para las chicas, las chozas para predicar y más adelante la Iglesia para la misión”.* Y vuelve el Abad a poner en boca de san José las palabras de aquel otro José, hijo de Jacob, para decirles ahora a los africanos: *“Por vuestra salvación, por vuestro bien corporal y espiritual, Dios me ha enviado a vosotros y a África, para que tengáis en mí un padre, un tutor y un protector”.* Se convierte así san José no sólo en una ayuda para la actividad misionera sino también en parte integrante del contenido mismo del mensaje a difundir con dicha actividad. El misionero ha de confiar en san José y ha de hablar sobre san José.

El Abad pide frecuentemente a san José, seguro de su influencia poderosa, por esta causa: *“Estoy convencido de que tiene que ser un ferviente deseo de san José, a quien se considera como patrono de toda la Iglesia, que aquel continente, en el cual él mismo evangelizó durante siete años, reciba por fin la luz del cristianismo... Hemos empujado la letanía a san José precisamente por eso, para que él nos envíe buenos misioneros o candidatos para la Trapa. Y tú, ¡oh san José, haz uso de tu influencia poderosa! ¡Es ahora cuando te necesitamos! Se trata de salvar millones de personas. Se trata de convertir la tierra que un día te dio cobijo. Se trata de demostrar, y de demostrar ante el mundo entero, el gran poder que tienes. Se trata de demostrar que quien se dirige a ti, de ninguna manera quedará defraudado”.*

P. Lino Herrero Prieto CMM

Misionero de Mariannahill



Beato Engelmar

MADERA DE SANTO

[24]

No es otra la finalidad de esta serie de publicaciones sino que nuestros lectores vayan adquiriendo familiaridad con la persona y la vida del Beato Engelmar Hubert Unzeitig CMM. Estas publicaciones van ayudando a poner de manifiesto que este misionero de Mariannhill tenía *madera de santo*.

En los protocolos a seguir en los procesos de beatificación y canonización uno de los estudios que se ha de realizar es el conocido con el nombre técnico de *Informatio*. Apoyándose en el mismo, los jueces y consultores teólogos podrán verificar si el candidato a beato/santo vivió las virtudes cristianas en grado heroico, tanto las virtudes teologales como las cardinales.

En la Causa del Beato Engelmar H. Unzeitig CMM la *Informatio* fue elaborada por el Dr. Andrea Ambrosi, postulador de la Causa, y por el relator de la misma, Mons. José Luis Gutiérrez.

Aprovechando esta sección de la revista *Familia Mariannhill* hemos publicado, por este orden, cuatro capítulos completos de la *Informatio*. A saber, el VIII: *La fama de santidad del P. Engelmar* [nn. 50-55], el VI: *Las virtudes en general* [n. 30], el capítulo I: *La espiritualidad característica del P. Engelmar Unzeitig* [n. 2] y el capítulo II: *El mensaje del Siervo de Dios* [n. 3].

En el presente número de esta revista seguimos con la publicación del capítulo VII, que lleva por título: *Las virtudes en particular* [nn. 31-49].

VII

Las virtudes en particular

F] JUSTICIA

[42] Justicia en relación al prójimo. El P. Manetius Scharf, séptimo de los testigos, a la hora de aportar evidencias de cómo el Siervo de Dios hizo lo que estuvo en sus manos por salvaguardar los derechos de los demás, continúa su testimonio sobre cómo vivió la justicia “erga alios”, mostrando cuánto sufrió, debido al desagradable yugo que él, así como muchos de sus compatriotas, tuvieron que soportar al vivir en suelo extranjero, y cómo anhelaban, debido a ello, poder ver restauradas en su justicia las fronteras: *“He hecho mención con frecuencia del espíritu siempre dispuesto para la acción y la reconciliación que poseía el Siervo de Dios hacia la gente que vivía con él. El bienestar de sus compatriotas así como la salvaguarda de sus derechos fue siempre un asunto muy querido para él. Debido a ello, puedo entender cómo el P. Engelmar dio la bienvenida al hecho de que su región natal, la de los Sudetes, fuera anexionada al Reich alemán, porque esperaba que así las cosas fueran mejor en aquella región y porque creía que de esta manera se hacía justicia a los que hasta entonces habían sido tratados injustamente. En la medida en que yo pude observar, el P. Engelmar nunca tuvo problemas con sus superiores, dado que siempre les trató con el debido honor y respeto.”*

Todo ello concuerda también con el juicio expresado por el compañero de clase del Siervo de Dios, el P. Edgar Emmerich, octavo de los testigos: *“Nosotros, sus compañeros de clase, pudimos observar cuánta era la preocupación que tenía por nuestro bienestar y nuestros derechos. No podía tolerar cuando veía que se había cometido una injuria. Llevado por su preocupación hacia sus compatriotas, que sufrían injusticia, uno puede entender que el P. Engelmar estuvo de acuerdo y se alegró de que los Sudetes fueran anexionados por el Reich alemán. Esperaba así que la ayuda llegara a los habitantes de esta región y sus condiciones de vida mejorarían. Estoy convencido que el Siervo de Dios siempre trató a sus superiores con el debido honor y respeto.”*

El P. Hermann Scheipers, tercero de los testigos, cree que el Siervo de Dios también practicó una sobresaliente justicia hacia el prójimo, particularmente hacia los jóvenes rusos, en medio de las condiciones para nada normales que se encontró en la campo de concentración bávaro, donde estuvo confinado: *“No cabe duda de que el Siervo de Dios se preocupó por el bienestar de los hombres que vivían con él. Soy de la opinión de que el Siervo de Dios estaba convencido que habría que ofrecer la posibilidad de enseñanza religiosa a los rusos, obligados a trabajar, especialmente a los jóvenes. De ahí que buscara medios –aprender la lengua, etc.–, que le permitieran llevarles el mensaje de la fe, aunque ello era extremadamente difícil, además de estar prohibido.”*

El P. Heinz Roemer, cuarto de los testigos, corrobora la afirmación anterior: *“Por lo que yo pude observar, el Siervo de Dios siempre conservó en el corazón la salvación y los derechos de la gente que vivía con él. Al aprender ruso, trató de llegar a los prisioneros rusos para que pudieran acercarse a la fe.”*

El abad Berthold Niedermoser, testigo undécimo, afirma que el Siervo de Dios, además de ser siempre justo con el prójimo, puso la protección de los intereses de los demás por delante de los suyos: *“Demostró ser justo y honrado hacia el prójimo. Sin afirmar sus propios derechos, siempre estuvo preparado para intervenir en defensa de los derechos de los demás”.*

G] FORTALEZA

[43] Como es bien sabido, la fortaleza es aquella virtud moral que provee al alma de la fuerza y la constancia necesarias para que, por ninguna razón, el creyente deje de servir a Dios. Por ello, gracias a esta virtud, el cristiano se pone a caminar por el sendero estrecho que conduce a la vida, superando las dificultades que se le presentan y con la firme determinación de alcanzar la meta final, cueste lo que cueste. Así pues, apoyándonos en los documentos del proceso, creemos que se demuestra suficientemente que el P. Engelmar practicó la virtud de la fortaleza en grado heroico. Todos los testigos oculares, que han testificado acerca de ello, declaran que en verdad era un alma fuerte, siempre serena frente a la adversidad, obediente a la voluntad de Dios y tenaz a la hora de inculcar la práctica de esta virtud en los demás.

Es de todos conocido que hubo un momento en su vida –sería suficiente hacer referencia al mismo por ser tan sobresaliente y claro–, cuando se le pidió al P. Engelmar si estaba dispuesto a dar la mayor prueba de amor que un católico puede ofrecer hacia el prójimo: el sacrificio de la propia vida. Él probó su fortaleza en grado heroico al responder con un “sí” incondicional.

De cualquier forma, hay que decir que en sus treinta y cuatro años de vida no permitió que ningún hecho adverso obstruyera su bien intencionado ascenso hacia la perfección. Esta realidad, que es fácilmente comprobable, adquiere un alto grado de valor si uno piensa que el Siervo de Dios ejerció su ministerio sacerdotal en el apogeo de la dominación nazi, cuando al ser un hombre de Dios, ponía en peligro su propia libertad y vida. En primer lugar, la fe y rectitud en sus ideales católicos le supuso la salida forzosa de su parroquia en Glöckelberg, la detención en la prisión de Linz, y finalmente la deportación al campo de concentración de Dachau. Enfrentó todas esas pruebas con tranquilidad, coraje, constancia y serenidad. Luchó contra cualquier impedimento, trabajando en completa abnegación a fin de alcanzar sus nobles metas, es decir, ayudar a los prójimos que sufren, allí donde el Señor le puso, y defender a los débiles en su nombre. Y si fuera necesario aportar una prueba más a lo dicho, se puede aludir aquí a otro aspecto de la virtud de la fortaleza: el P. Engelmar sabía cómo ejercer una firme y justa resistencia, tomando aliento no de su propio consejo sino de su inquebrantable confianza en Dios y sólo en Dios, siendo así un ejemplo vivo de la perfecta fortaleza cristiana. *[Continuará]*

Causa del Beato Engelmar:

Favores y testimonios

El sereno agradecimiento de una madre y abuela

Durante años he venido rezando y pidiendo la intercesión del beato Engelmar. Son ya muchas las veces y las ocasiones en que he notado su ayuda en favor de mi familia. Por dos veces he escrito informado de los favores que he recibido y de cómo mis oraciones han sido atendidas. La última vez fue cuando mi hijo y su esposa querían tener un niño. Pues, dentro de tres semanas, nacerá el tercero de sus hijos. Se sienten especialmente bendecidos. Hace aproximadamente tres años cuando puedo atestiguar que, otra vez, mis oraciones fueron escuchadas. El beato Engelmar llevó a la vida de mi hija pequeña a un joven muchacho. No había sido educado en la fe. En la Vigilia Pascual del 2019 fue bautizado como católico. El pasado mes de octubre se han casado y están esperando para este año su primer hijo. Rezo para que los niños de mi hijo y de mi hija se vayan criando con salud. Rezo también a diario para que termine la pandemia del coronavirus. Por la intercesión del beato Engelmar terminará un día. Muchas gracias, beato Engelmar. Espero que un día seas reconocido como santo.

Ann

Muchos motivos para estar agradecido

Es de justicia que acuse recibo de la serie de favores que he venido recibiendo de Dios –estoy convencido–, gracias a la intercesión del P. Engelmar Unzeitig. Tenía a mi hija y a mi yerno viviendo en casa. Se equivocaron al rechazar un trabajo en otro estado y se mudaron aquí. Su presencia no me molestaba, pero ya llevaban mucho tiempo sin encontrar trabajo. Me decidí a hacer una pequeña donación a la revista “Leaves”, con la esperanza de ganar –por así decir– el favor de este buen sacerdote. Poco después, un día, al llegar a casa, me dan la noticia de que mi yerno han conseguido un trabajo en un centro de enseñanza.

Pero tengo, aún, más que contar. Mi esposa de 44 años murió de repente. Nunca se imagina uno cuánto es lo que va a echar de menos a alguien tan cercano hasta que lo pierdes; uno se queda totalmente consumido por la pérdida. Parece ser que el centro escolar –católico por más señas–, donde mi yerno encontró trabajo, no respetó debidamente el periodo de luto. La protesta de mi yerno le acarreo quedarse sin trabajo de nuevo. Otra vez pedí la intercesión del P. Engelmar y envié mi donativo. Inmediatamente después los dos encontraron trabajo. En aquellas circunstancias encontrar trabajo no era algo baladí. Todavía siguen trabajando en lo que entonces encontraron.

Pero tengo todavía más que contar. Nueve meses después del fallecimiento de mi esposa, me diagnosticaron un cáncer. Huelga decir que aquello casi me

dejó indiferente. Habiendo perdido a mi esposa, pensé que o bien sobreviviría o bien no, en este caso podría reunirme con ella. Pero seguí todos los pasos del protocolo: diagnóstico, quimioterapia, radioterapia, cirugía, rehabilitación. Volví a pedir la intercesión del bueno del P. Engelmar y noté cómo Jesús estaba detrás de cada etapa de la enfermedad.

Muy raras veces rezo para sobrevivir; lo que le pido a Jesús es que me ayude a manejar todo aquello que se ponga en mi camino. Cada vez que notaba la ayuda del P. Engelmar, en señal de agradecimiento, enviaba un pequeño donativo para la revista. En este momento puedo decir que estoy libre del cáncer. Ya me encuentro más animado y no tan indiferente. Sin embargo, ahora tengo que pasar el primero de los chequeos. Voy a continuar con el mismo proceder de siempre: oración, esperar y pequeña donación.

Por cierto, en cuanto católico, me enseñaron, y eso creo, que el cielo es la meta final de nuestra existencia. ¿Me puede alguien explicar por qué utilizamos todos nuestros recursos, oraciones y esperanzas para continuar aquí en la tierra?

T.B.C.

PRECES

Dios, Padre Bueno, te pedimos:
Que el amor del Beato Engelmar
hacia Ti nos anime a hacer
más religiosa nuestra vida;
Que su celo misionero mantenga
vivo en nosotros el afán apostólico;
Que su entrega a los demás,
en especial a los más necesitados,
nos sirva de ejemplo;
Que su paciencia en la adversidad
nos conforte en la hora de la prueba;
Que el sacrificio de su juventud
estime a los jóvenes a responder
con generosidad a la vocación.

ORACIÓN

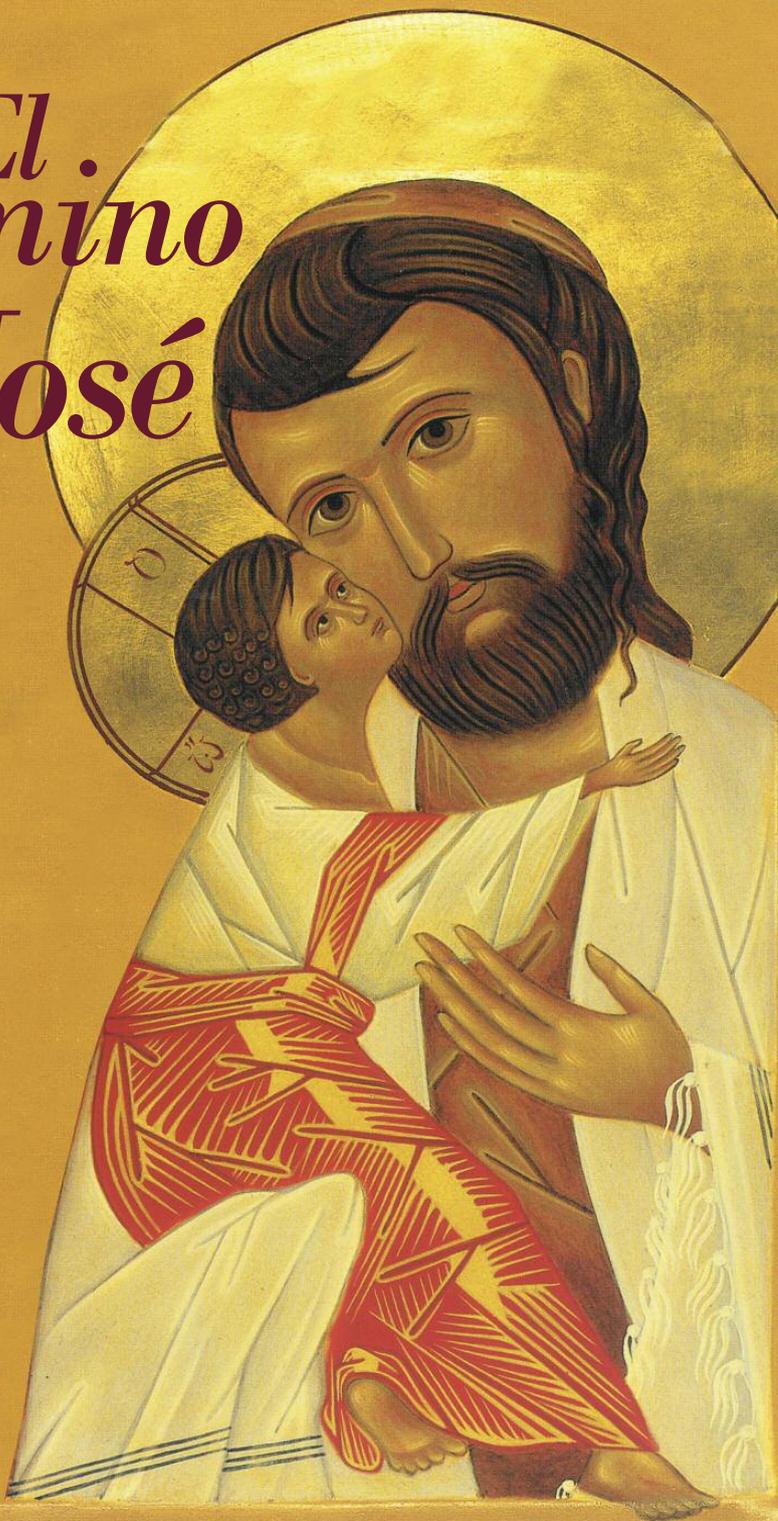
Oh Dios, tú quisiste que
el Beato Engelmar fuera misionero
en un campo de concentración.
Lleno de amor por Ti y por los
prisioneros con los que convivía,
se entregó de manera especial al servicio
de los enfermos y de los moribundos.
Haz que sigamos su ejemplo de caridad,
ayúdanos en nuestras necesidades
por la intercesión de tu siervo Engelmar
y concédenos ver glorificado su nombre
en medio de tu Iglesia.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Aquellas personas que crean haber recibido alguna gracia o favor por la intercesión del Beato Engelmar, se ruega lo comuniquen a la dirección de esta revista.

Todas las personas interesadas en recibir la biografía, la novena o la estampa del Beato Engelmar, pueden solicitarlo a la dirección de esta revista.

Se agradecen los donativos que, para sufragar los gastos del proceso de Canonización del Beato Engelmar, nos podáis hacer llegar. Indicar con claridad que la finalidad de la donación es la Causa del Beato Engelmar.

*El
camino
de José*



PRIMERA ESTACIÓN

José, llamado por Dios

Llegado el tiempo oportuno, andaba buscando Dios una puerta, por donde entrar en este mundo sin llamar la atención. En el pueblo de Nazaret se fijó Dios en José, el muchacho más bueno de todo Israel, y pensó en él como el mejor esposo de aquella joven María, de quien como hombre nacería. Despertado José del sueño, un sí silencioso y generoso pronunció, haciendo posibles los sueños de Dios.

SEGUNDA ESTACIÓN

José, judío de raza

Era José judío de raza, de la noble estirpe de David. Judío era, por sus antepasados y raíces culturales. Judío lo era, por sus convicciones religiosas y sus sueños mesiánicos. Saciaba José su inquietud en las aguas serenas de aquel pozo, donde bebían los pobres de Yahvé. Motivado por el frescor de tales aguas, expectante anhelaba, la consolación de su pueblo con el advenimiento del Mesías prometido.

TERCERA ESTACIÓN

José, padre de familia

Esposo de María, quiso Dios que José pasara por ser el padre de aquel Niño, que sólo era hijo de su esposa y de Dios. Así fue cómo en Nazaret y en su comarca Jesús vino a ser conocido como el hijo del carpintero José. Y como todo un padre se comportó José en el seno de aquella adorable familia, siendo un faro de referencia para el crecimiento armónico del Niño en edad, sabiduría y gracia.

CUARTA ESTACIÓN

José, piadoso israelita

A los ocho días de haber nacido, José hizo circuncidar al Niño, dándole el nombre de Jesús. A los cuarenta días, le presentó en el templo como gloria de Israel y como luz para todas las naciones. Andando el tiempo, cada sábado le llevaba de la mano a la sinagoga y, cuando creció un poco más, le llevó en peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén. A diario rezaban juntos al Padre del cielo.

José, emigrante y misionero

Obligado a huir, a fin de salvar la vida del Niño, probó José el sabor amargo de la emigración. Llevándose a Egipto los tesoros más preciosos, que Dios le había encomendado guardar, se convirtió José en el primer misionero del continente africano. Gracias a José aquella ardiente tierra sintió la caricia de la suave brisa de María y el frescor de la bienhechora lluvia de Jesús.

José, solícito y providente

De vuelta en Nazaret, Jesús pudo experimentar a diario la solicitud providente del bueno de José, quien con sus desvelos le atendía en sus necesidades de alimento, vestido, techo, amparo y cariño. Y así el Niño, rodeado por los brazos fuertes de José, fue creciendo con la firme seguridad de estar en las manos de aquel Padre, que alienta a los pájaros del cielo y viste a los lirios del campo.

José, educador y guía

Como buen padre, también José se preocupó de formar y educar al Niño. De José aprendió Jesús aquellos valores de la más genuina catarata humana: medida en el hablar, sabiduría en el callar, trabajo honrado, sencillez de vida, respeto hacia los otros, obediencia generosa, colaboración desinteresada. Y así el Niño pudo ir creciendo, no sólo en edad, sino también en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres.

José, contemplativo

La normalidad era la nota más sobresaliente en el hogar de Nazaret. Todo tan normal como en las casas de sus vecinos. Pero aquella pasmosa normalidad estaba transida de la presencia de Dios. Y así fue cómo José vino a ser contemplativo, porque en las sonrisas y llantos del Niño, en sus juegos y descansos, en sus ocurrencias y silencios, José contemplaba al mismo Dios.

NOVENA ESTACIÓN

José, trabajador

Trabajando en el taller, cumplió José con el mandato de dominar la tierra. Arrancando a la tierra el sustento con el sudor de su frente, se hizo santo. Enseñando a Jesús a manejar las herramientas en el banco de la carpintería, propició que el trabajo humano quedara redimido. Haciendo que Jesús manejara con cuidado la madera, le fue preparando a abrazarse con amor al leño de la cruz.

DÉCIMA ESTACIÓN

José, amigos de los enfermos

Los que, por circunstancias de la vida, nos creemos tan diferentes, quedamos todos igualados al enfermar. En la enfermedad todos nos volvemos necesitados de asistencia e indigentes de cariño. José, sentado en una silla incómoda, cubierto por una manta, veló las noches de fiebre de su Niño. Por eso puede ser invocado como aquel amigo, que acompaña y vela la suerte de nuestros enfermos.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

José, compañero de los moribundos

Cumplido el curso de su peregrinación terrena, José vivió su muerte junto a la mejor de las compañías, la de Jesús y María. Abogado de la buena muerte, los moribundos invocan a José como aquel experto práctico, que toma en sus manos el timón para conducir la embarcación de nuestra vida en el último tramo de la travesía y para introducirla en Dios, puerto final de la navegación humana.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

José, patrono de la Iglesia

Patrono de la Iglesia es José, que dio de comer el pan de cada día a Jesús, a quien ahora nosotros podemos comer como el pan de la vida. El que pasó por ser padre de Jesús vela por las empresas apostólicas y misioneras de sus seguidores. El que cuidó de las necesidades de Jesús sigue al tanto de las que tienen hoy sus discípulos. El que protegió a Jesús de todo peligro sale ahora en defensa de su comunidad.

65



El carisma misionero del Abad Francisco

Esta sección de la revista *Familia Mariannahill* pretende dar a conocer la figura del fundador del Monasterio de Mariannahill, el Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner. Para ello, nos impusimos en su día la tarea de publicar diversos estudios sobre su carisma misionero.

En la presente edición seguimos con la publicación del undécimo de tales estudios, que fue confeccionado por la misionera de la Preciosa Sangre, la Hna. Filotea Willems CPS. El estudio en cuestión lleva por título: *El legado de Francisco Pfanner para las Hermanas de la Congregación de la Preciosa Sangre [CPS]*. Con estas reflexiones la autora nos ofrece un ensayo sobre el papel del Abad Francisco en cuanto fundador de las Hermanas Rojas y sobre la identidad carismática de esta familia misionera.

Una misionera de la Preciosa Sangre [CPS], originalmente conocidas como Hermanas Rojas, debido al color de su hábito, junto a un grupo de niñas zulúes a las que enseña.



FOTO: ARCHIVO CIMM [Italia]

XI. EL LEGADO DE FRANCISCO PFANNER PARA LAS HERMANAS DE LA CONGREGACIÓN DE LA PRECIOSA SANGRE - CPS [3]

[1] ¿Quién es Francisco Pfanner para las Misioneras de la Preciosa Sangre?

[1.3.] El Padre: Desde un principio la suerte de las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre estuvo estrechamente ligada a la suerte del Monasterio de Mariannahill. Después de que Francisco Pfanner fuera suspendido en sus funciones como Abad de Monasterio, la identidad de la Congregación quedó expuesta a correr un serio peligro. El propio abad Francisco no quiso dejar solas a sus Hermanas en este trance. Luchó por ellas *hasta con las manos atadas*. A fin de defenderlas, cada vez que lo juzgaba necesario, tomaba la pluma para escribir a quien fuera. Así lo hizo en 1905 cuando intervino en las negociaciones sobre el futuro de sus Hermanas. A través del P. Wacker, que tenía sus contactos en el dicasterio vaticano de *Propaganda Fide*, escribió con firmeza: *"Tengo que decir-*

les qué derechos me asisten en relación con las Hermanas? Pues bien... ¡Soy su padre! Antes de que existiera ninguna de ellas, estaba yo. He sido yo quien ha admitido a cada una de ellas y quien las ha ido educando".

¡Con qué determinación reivindicaba el abad Francisco sus derechos sobre las Hermanas! Por defenderlos estuvo siempre dispuesto a luchar con todas las fuerzas que llevaba dentro. Más que con sus palabras, quería formar a las Hermanas con su propio ejemplo y vida. Les decía: *"Sólo podéis enseñar a otros lo que vosotras sabéis. Sólo podéis entregaros por un ideal, si lo lleváis dentro de vosotras como un fuego en el propio corazón"*.

[1.3.1.] El carisma del Fundador:

Los carismas reflejan la vida de fe y sólo se dan en vidas inspiradas por el Espíritu Santo. Por ello hay una conexión íntima entre el carisma de un Instituto



Unas hermanas misioneras de la Preciosa Sangre [CPS] tocando el armonio y el violín mientras un grupo de niños zulúes ensaya una representación.

y su espiritualidad. Un carisma no cae del cielo ni flota en el vacío, sino que se da y acontece en una situación de vida muy concreta y para una finalidad determinada.

Dios concedió a Francisco Pfanner el carisma de fundador en un determinado momento histórico, en una época y lugar precisos, cuando la evangelización de los Zulúes necesitaba de mujeres que ayudasen a los trapenses en la difícil tarea de la educación de las chicas. Fue en esta situación cuando el Espíritu Santo hizo brotar el carisma; y de acuerdo con este carisma el fundador plasmó un estilo de vida muy específico para un grupo de mujeres oriundas de Alemania, que empezó denominado *sus auxiliares misioneras*. Esto fue lo que escribió el Abad a la edad de 80 años: *"Sin vosotras, las mujeres, no puedo hacer nada duradero en Mariannahill. Vosotras sois la respuesta a mi oración. Sois la avanzadilla de las verdaderas misioneras del futuro. Yo quiero que estéis con la gente, con los Zulúes... Debéis seguir en medio de ellos... Vivir con las mujeres y chicas que se os han confiado"*. Refle-

xionando sobre el origen de las Hermanas, escribió: *"Necesitaba a toda costa Hermanas misioneras, pues aunque tenga a todos los habitantes de un poblado, si no tengo a las mujeres y a las madres, entonces no podría decir que he vencido al paganismo"*. El fundador no se cansaba de insistir repitiendo que las Hermanas por él fundadas no eran trapenses: *"Si hubiera querido tener trapenses, las hubiera traído, ya formadas, desde Europa.... Lo que yo buscaba, por encima de todo, eran obreras para la viña del Señor, hábiles para las tareas del campo y para el trabajo manual. En cuanto al número de maestras, mejor que sean pocas. Éstas van a venir sin tener que invitarlas expresamente"*. [Pastor Bonus, 4].

Pfanner había recibido un carisma particular, que le capacitaba para unir lo espiritual con lo terrenal, lo más elevado con los más prosaico. Repetía que sus Hermanas no deberían buscar nada extraordinario en su vida religiosa; no deberían aspirar a tener visiones ni realizar actos de penitencia especiales. Deberían, eso sí, descubrir a Dios en los hombres, a quienes servían, y

deberían considerar que la dureza del trabajo era la penitencia que se les pedía.

Un carisma es una fuerza dinámica. Las pioneras, especialmente la Madre Paula y las que trabajaron con ella, recibieron mucho de este carisma.

[1.3.2.] El hábito religioso que el Fundador dio a sus Hermanas: Desde un principio y a fin de lograr una mayor eficacia pastoral, el fundador dio a las primeras cinco auxiliares misioneras un uniforme. En la medida en que este joven grupo evolucionaba hacia constituirse en una comunidad religiosa, las Hermanas pidieron a su fundador poder vestir un auténtico hábito. En respuesta a tal petición, les dio una falda roja. Ésta debería recordarles de continuo la Sangre Preciosa de Cristo, que el Señor, movido de puro amor, derramó por toda la humanidad.

Pero antes de explicarles el sentido simbólico y profundo del color rojo, el fundador les dio a las Hermanas otras razones por las que había elegido ese color, que a simple vista resultaba un tanto llamativo. A saber: [1] El color rojo ayudará a que los Zulúes puedan distinguir de inmediato a estas Hermanas de las misioneras protestantes; [2] Las diferenciará también de las otras religiosas del Vicariato; [3] El color rojo de su falda, con la capa corta negra y la cofia blanca les recordará que han de ser misioneras alegres; [4] El color rojo guarda relación con el espíritu de la regla, dado que el Abad no quería ni cartujas ni trapensas, ni ninguna otra Orden penitencial, sino una Congregación de

misioneras de vida activa. Él quería que las hermanas pudieran entrar en las casas de los Zulúes con el rostro alegre, con talante amable, con educación y buenos modales.

[1.3.3.] El nombre oficial de la Congregación: Aunque Francisco Pfanner gustaba de llamar a las misioneras, por él fundadas, sus *Hermanas Rojas* o también su *Ejército de Salvación Rojo*, les otorgó como nombre oficial el de *Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre*.

Con este nombre las Hermanas tomaron sobre sí la hermosa obligación de hacer fructificar la Preciosa Sangre del Cristo en muchas almas. El fundador quería ver a sus Hermanas totalmente entregadas al servicio del amor divino de Cristo. En este amor habían de abismarse de continuo, en el sentido de que debían de estar en continua actitud de conversión personal, para que así la misión que implicaba este nombre quedara impregnada de su correspondiente carga espiritual. Afirma el Abad: *“Con este título las Hermanas reciben la misión especial de venerar de modo intenso la Preciosa Sangre del Divino Redentor y de hacerla fructificar”*. Con la herencia de este nombre maravilloso las Hermanas han recibido una vocación profundamente sobrenatural, trascendente y espiritual. Ellas mismas han sido redimidas gracias a la Preciosa Sangre de Cristo.

Las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre han recibido también una vocación profundamente eucarística, pues es en la Eucaristía donde Cristo se nos da en su Cuerpo y Sangre. *[Continuará]*



Mensaje del Papa Francisco para el Domund 2021

[24 DE OCTUBRE]

«No podemos dejar de hablar
de lo que hemos visto y oído».

[Act. 4, 20]

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando experimentamos la fuerza del amor de Dios, cuando reconocemos su presencia de Padre en nuestra vida personal y comunitaria, no podemos dejar de anunciar y compartir lo que hemos visto y oído. La relación de Jesús con sus discípulos, su humanidad que se nos revela en el misterio de la Encarnación, en su Evangelio y en su Pascua nos hacen ver hasta qué punto Dios ama nuestra humanidad y hace suyos nuestros gozos y sufrimientos, nuestros deseos y nuestras angustias [cf. Const. Ap. Gaudium et spes, 22]. Todo en Cristo nos recuerda que el mundo en el que vivimos y su necesidad de redención no le es ajena y nos convoca también a sentirnos parte activa de esta misión: «*Salgan al cruce de los caminos e inviten a todos los que encuentren*» [Mt 22, 9]. Nadie es ajeno, nadie puede sentirse extraño o lejano a este amor de compasión.

[LA EXPERIENCIA DE LOS APÓSTOLES]

La historia de la evangelización comienza con una búsqueda apasionada del Señor que llama y quiere entablar con cada persona, allí donde se encuentra, un diálogo de amistad [cf. Jn 15, 12-17]. Los apóstoles son los primeros en dar cuenta de eso, hasta recuerdan el día y la hora en que fueron encontrados: «*Era alrededor de las cuatro de la tarde*» [Jn 1, 39]. La amistad con el Señor, verlo curar a los enfermos, comer con los pecadores, alimentar a los hambrientos, acercarse a los excluidos, tocar a los impuros, identificarse con los necesitados,

invitar a las bienaventuranzas, enseñar de una manera nueva y llena de autoridad, deja una huella imborrable, capaz de suscitar el asombro, y una alegría expansiva y gratuita que no se puede contener. Como decía el profeta Jeremías, esta experiencia es el fuego ardiente de su presencia activa en nuestro corazón que nos impulsa a la misión, aunque a veces comporte sacrificios e incomprendimientos [cf. 20, 7-9]. El amor siempre está en movimiento y nos pone en movimiento para compartir el anuncio más hermoso y esperanzador: «*Hemos encontrado al Mesías*» [Jn 1, 41].

Con Jesús hemos visto, oído y palpado que las cosas pueden ser diferentes. Él inauguró, ya para hoy, los tiempos por venir, recordándonos una característica esencial de nuestro ser humanos, tantas veces olvidada: «*Hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor*» [Fratelli tutti, 68]. Tiempos nuevos que suscitan una fe capaz de impulsar iniciativas y forjar comunidades a partir de hombres y mujeres que aprenden a hacerse cargo de la fragilidad propia y la de los demás, promoviendo la fraternidad y la amistad social [cf. *ibíd.*, 67]. La comunidad eclesial muestra su belleza cada vez que recuerda con gratitud que el Señor nos amó primero [cf. 1 Jn 4, 19]. Esa «*predilección amorosa del Señor nos sorprende, y el asombro —por su propia naturaleza— no podemos poseerlo por nosotros mismos ni imponerlo. [...] Sólo así puede florecer el milagro de la gratuidad, el don gratuito de sí. Tampoco el fervor misionero puede obtenerse como consecuencia de un razonamiento o de un cálculo. Ponerse en “estado de misión” es un efecto del agradecimiento*» [Mensaje a las Obras Misionales Pontificias, 21 de mayo de 2020].

Sin embargo, los tiempos no eran fáciles; los primeros cristianos comenzaron su vida de fe en un ambiente hostil y complicado. Historias de postergaciones y encierros se cruzaban con resistencias internas y externas que parecían contradecir y hasta negar lo que habían visto y oído; pero eso, lejos de ser una dificultad u obstáculo que los llevara a replegarse o ensimismarse, los impulsó a transformar todos los inconvenientes, contradicciones y dificultades en una oportunidad para la misión. Los límites e impedimentos se volvieron también un lugar privilegiado para ungir todo y a todos con el Espíritu del Señor. Nada ni nadie podía quedar ajeno a ese anuncio liberador.

Tenemos el testimonio vivo de todo esto en los Hechos de los Apóstoles, libro de cabecera de los discípulos misioneros. Es el libro que recoge cómo el perfume del Evangelio fue calando a su paso y suscitando la alegría que sólo el Espíritu nos puede regalar. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos enseña a vivir las pruebas abrazándonos a Cristo, para madurar la «convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos» y la certeza de que «*quien se ofrece y entrega a Dios por amor seguramente será fecundo*» [Evangelii gaudium, 279].

Así también nosotros: tampoco es fácil el momento actual de nuestra historia. La situación de la pandemia evidenció y amplificó el dolor, la soledad, la pobreza y las injusticias que ya tantos padecían y puso al descubierto nuestras falsas seguridades y las fragmentaciones y polarizaciones que silenciosamente nos laceran. Los más frágiles y vulnerables experimentaron aún más su vulnerabilidad y fragilidad. Hemos experimentado el desánimo, el desencanto, el cansancio, y hasta la amargura conformista y desesperanzadora pudo apoderarse de nuestras miradas. Pero nosotros «*no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesús como Cristo y Señor, pues no somos más que servidores de ustedes por causa de Jesús*» [2 Co 4, 5]. Por eso sentimos resonar en nuestras comunidades y hogares la Palabra de vida que se hace eco en nuestros corazones y nos dice: «*No está aquí: ¡ha resucitado!*» [Lc 24, 6]; Palabra de esperanza que rompe todo determinismo y, para aquellos que se dejan tocar, regala la libertad y la audacia necesarias para ponerse de pie y buscar creativamente todas las maneras posibles de vivir la compasión, ese “sacramental” de la cercanía de Dios con nosotros que no abandona a nadie al borde del camino. En este tiempo de pandemia, ante la tentación de enmascarar y justificar la indiferencia y la apatía en nombre del sano distanciamiento social, urge la misión de la compasión capaz de hacer de la necesaria distancia un lugar de encuentro, de cuidado y de promoción. «*Lo que hemos visto y oído*» [Hch 4, 20], la misericordia con la que hemos sido tratados, se transforma en el punto de referencia y de credibilidad que nos permite recuperar la pasión compartida por crear «*una comunidad de pertenencia y solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes*» [Fratelli tutti, 36]. Es su Palabra la que cotidianamente nos redime y nos salva de las excusas que llevan a encerrarnos en el más vil de los escepticismos: “todo da igual, nada va a cambiar”. Y frente a la pregunta:



San Francisco Javier, Patrono de las misiones: Vidriera que se encuentra en la capilla de la sede nacional de las Obras Misionales Pontificias [Madrid/España].

“¿para qué me voy a privar de mis seguridades, comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?”, la respuesta permanece siempre la misma: «*Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive*» [Evangelii gaudium, 275] y nos quiere también vivos, fraternos y capaces de hospedar y compartir esta esperanza. En el contexto actual urgen misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva por sí solo.

Al igual que los apóstoles y los primeros cristianos, también nosotros decimos con todas nuestras fuerzas: «*No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído*» [Hch 4, 20]. Todo lo que hemos recibido, todo lo que el Señor nos ha ido concediendo, nos lo ha regalado para que lo pongamos en juego y se lo regalemos gratuitamente a los demás. Como los apóstoles que han visto, oído y tocado la salvación de Jesús [cf. 1 Jn 1, 1-4], así nosotros hoy podemos palpar la carne sufriente y gloriosa de Cristo en la historia de cada día y animarnos a compartir con todos un destino de esperanza, esa nota indiscutible que nace de sabernos acompañados por el Señor. Los cristianos no podemos reservar al Señor para nosotros mismos: la misión evangelizadora de la Iglesia expresa su implicación total y pública en la transformación del mundo y en la custodia de la creación.

[UNA INVITACIÓN A CADA UNO DE NOSOTROS]

El lema de la Jornada Mundial de las Misiones de este año, «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20), es una invitación a cada uno de nosotros a “hacernos cargo” y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón. Esta misión es y ha sido siempre la identidad de la Iglesia: «*Ella existe para evangelizar*» [S. Pablo VI, Evangelii nuntiandi, 14]. Nuestra vida de fe se debilita, pierde profecía y capacidad de asombro y gratitud en el aislamiento personal o encerrándose en pequeños grupos; por su propia dinámica exige una creciente apertura capaz de llegar y abrazar a todos. Los primeros cristianos, lejos de ser seducidos para recluirse en una élite, fueron atraídos por el Señor y por la vida nueva que ofrecía para ir entre las gentes y testimoniar lo que habían visto y oído: el Reino de Dios está cerca. Lo hicieron con la generosidad, la gratitud y la nobleza propias de aquellos que siembran sabiendo que otros comerán el fruto de su entrega y sacrificio. Por eso me gusta pensar



Santa Teresa del Niño Jesús, Patrona de las misiones: Vidriera que se encuentra en la capilla de la sede nacional de las Obras Misionales Pontificias [Madrid/España].

que «*aun los más débiles, limitados y heridos pueden ser misioneros a su manera, porque siempre hay que permitir que el bien se comuniqué, aunque conviva con muchas fragilidades*» [Christus vivit, 239].

En la Jornada Mundial de las Misiones, que se celebra cada año el tercer domingo de octubre, recordamos agradecidamente a todas esas personas que, con su testimonio de vida, nos ayudan a renovar nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles generosos y alegres del Evangelio. Recordamos especialmente a quienes fueron capaces de ponerse en camino, dejar su tierra y sus hogares para que el Evangelio pueda alcanzar sin demoras y sin miedos esos rincones de pueblos y ciudades donde tantas vidas se encuentran sedientas de bendición.

Contemplar su testimonio misionero nos anima a ser valientes y a pedir con insistencia «*al dueño que envíe trabajadores para su cosecha*» [Lc 10, 2], porque somos conscientes de que la vocación a la misión no es algo del pasado o un recuerdo romántico de otros tiempos. Hoy, Jesús necesita corazones que sean capaces de vivir su vocación como una verdadera historia de amor, que les haga salir a las periferias del mundo y convertirse en mensajeros e instrumentos de compasión. Y es un llamado que Él nos hace a todos, aunque no de la misma manera. Recordemos que hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de la apertura universal del amor que no es geográfico sino existencial. Siempre, pero especialmente en estos tiempos de pandemia, es importante ampliar la capacidad cotidiana de ensanchar nuestros círculos, de llegar a aquellos que espontáneamente no los sentiríamos parte de “mi mundo de intereses”, aunque estén cerca nuestro [cf. Fratelli tutti, 97]. Vivir la misión es aventurarse a desarrollar los mismos sentimientos de Cristo Jesús y creer con Él que quien está a mi lado es también mi hermano y mi hermana. Que su amor de compasión despierte también nuestro corazón y nos vuelva a todos discípulos misioneros.

Que María, la primera discípula misionera, haga crecer en todos los bautizados el deseo de ser sal y luz en nuestras tierras [cf. Mt 5, 13-14].

Roma, San Juan de Letrán, 6 de enero de 2021, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Papa Francisco

**UN MISIONERO DE MARIANNHILL,
NUEVO ARZOBISPO METROPOLITANO
DE DURBAN [SUDÁFRICA]**



E

l pasado 9 de junio de 2021 el Santo Padre aceptó la renuncia al gobierno pastoral de la archidiócesis metropolitana de Durban [Sudáfrica], presentada por el cardenal Wilfrid Fox Napier OFM. Ese mismo día fue nombrado para sucederle en la misma sede metropolitana el misionero de Mariannhill, Mons. Mandla Siegfried Jwara CMM, hasta ahora obispo titular de Elefantaria di Proconsolare y vicario apostólico de Ingwavuma [Sudáfrica].

Mons. Mandla Siegfried Jwara CMM nació el 1 de febrero de 1957 en St. Nivard, diócesis de Mariannhill [Sudáfrica]. Tras asistir a la escuela de Kwa-Hluzingqondo en uMkhomazi y completar sus estudios de secundaria, el 1 de febrero de 1981 ingresó en la Congregación de los Misioneros de Mariannhill, en cuyo monasterio hizo el noviciado. Hizo su profesión perpetua en 1986, completando su preparación filosófica y teológica en el St. Joseph's Theological Institute de Cedara [1982-1986].

Una vez ordenado sacerdote el 14 de febrero de 1987, fue vicario parroquial y párroco en la Misión de Clairvaux en Mpendle, diócesis de Mariannhill [1987-1992]. En 1993 comenzó sus estudios para conseguir un Diploma en Human Development, Leadership, Formation & Community Building en el Institute of St. Anselm de Londres [Inglaterra]. De regreso a Sudáfrica, después de ser maestro de novicios en el Monasterio de Mariannhill, fue nombrado rector en Merrivale. En 1998 obtuvo un máster en Teología por la Universidad de KwaZulu-Natal, en Pietermaritzburg [Sudáfrica].

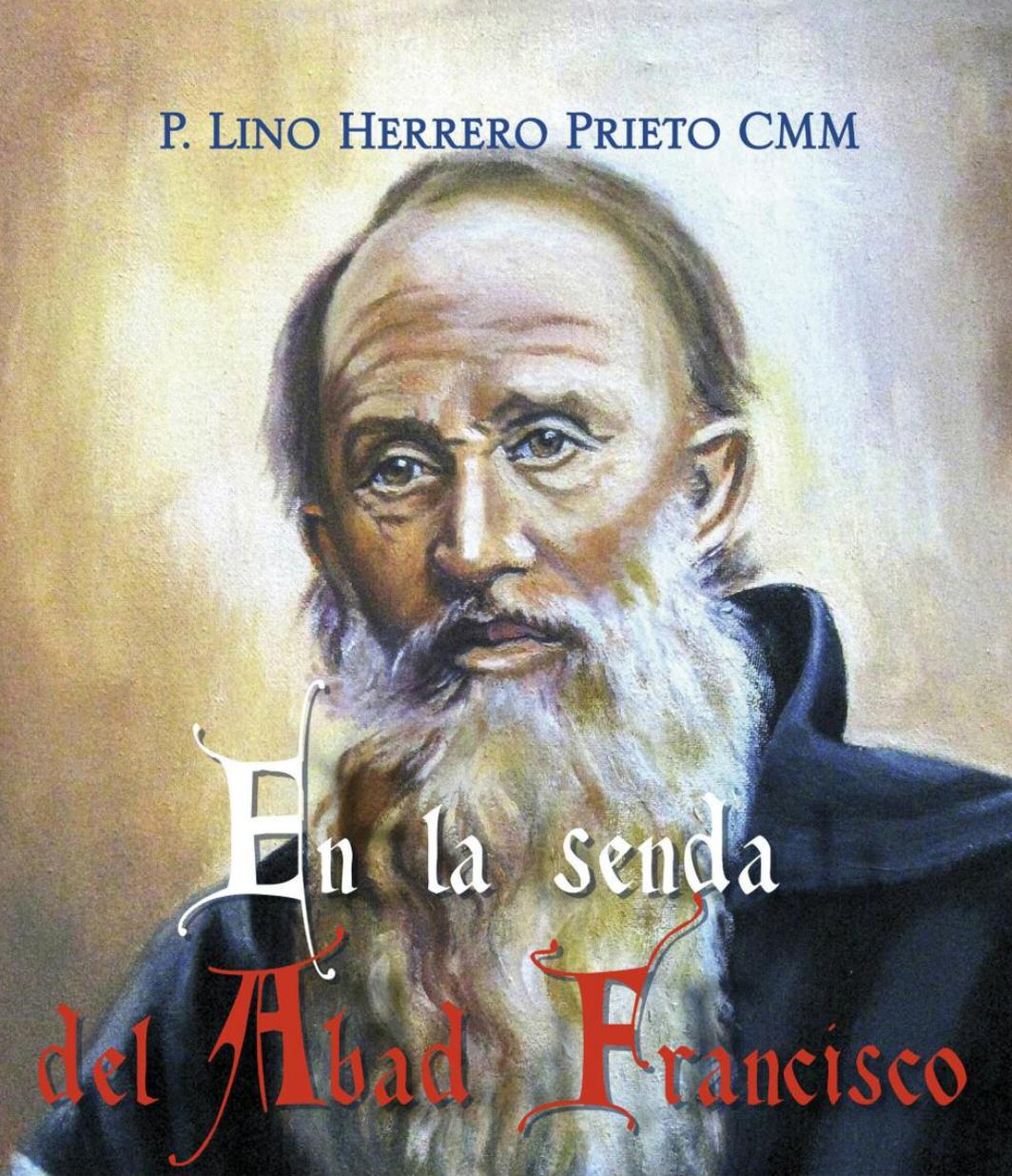
Durante un cuatrienio [1998-2002] fue Superior de la Provincia religiosa de Mariannhill y, durante el bienio 2002-2004, fue Consejero General de la Congregación en Roma. De regreso a Sudáfrica, fue trasladado a la Provincia religiosa de Mthatha, donde trabajó como párroco en Port St. John's y en la misión de St. Patrick. En dicha Provincia fue consejero provincial [2005-2006] y Superior de la misma [2006-2009]. Cuando terminó sus responsabilidades dentro de la Congregación, volvió al trabajo pastoral en el diócesis de Mthatha, donde hasta el 2016 fue párroco de St. Patrick, consultor diocesano y decano del Decanato oriental de la diócesis.

El 30 de abril de 2016 fue nombrado vicario apostólico de Ingwavuma y elegido para la sede titular de Elefantaria di Proconsolare. Recibió la consagración episcopal el 25 de junio siguiente.

La entera Familia Mariannhill reza por su persona y por el ministerio pastoral a desarrollar en la sede de Durban.

The Observer

P. LINO HERRERO PRIETO CMM

A detailed oil painting of an elderly man with a long, white beard and hair, wearing a dark blue or black clerical habit. He has a serious expression and is looking slightly to the left of the viewer. The background is a soft, warm, golden-brown color.

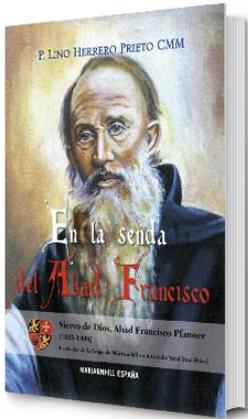
En la senda
del Abad Francisco



Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner
[1825-1909]

Fundador de la Trapa de Mariannhill en KwaZulu-Natal [Sudáfrica]

MARIANHILL ESPAÑA



Los Misioneros de Mariannahill en España han editado este nuevo libro sobre el fundador del Monasterio de Mariannahill.

El libro, de 200 páginas, impreso en cuatricromía [15cm x 21cm] y con una cuidada selección de fotografías, contiene tras una breve **Presentación** [pp. 5-7] y varios capítulos y apéndices. A saber:

En el primero de los capítulos **-Tras los pasos del Abad Francisco-** se recogen los hitos más importantes de su vida [pp. 9-24]; en el capítulo segundo **-Tras las huellas del Abad Francisco-** se presenta el elenco de las motivaciones más profundas de su vida y apostolado [pp. 25-42]; en el siguiente capítulo **-Textos del Abad Francisco-** se recoge una pequeña selección de algunos textos suyos [pp. 43-50]; en el cuarto capítulo **-La Virgen María en la vida del Abad Francisco-** se repasa la influencia decisiva de la Virgen María en la vida del fundador de Mariannahill [pp. 51-57]; en el quinto de los capítulos **-El Abad Francisco y Santa Ana-** se evidencia el papel fundamental que el Abad quiso otorgar a la madre de la Virgen María [pp. 59-68]; en el capítulo sexto **-La protección de San José sobre Mariannahill según el Abad Francisco-** se realiza un estudio sobre el original pensamiento del Abad sobre San José en cuanto primer misionero en África, arquitecto, administrador y financiero, modelo de santidad, maestro espiritual y formador de religiosos, protector en la tierra y guía seguro hacia el cielo [pp. 69-109]; en el séptimo de los capítulos **-Via Crucis siguiendo la vida del Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner-** se propone al lector lo que el título del capítulo indica [pp. 111-121]; en el capítulo octavo **-Novena al Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner-** se ofrecen los textos para invocar la intercesión del Abad rezando su novena [pp. 123-133]; en el noveno capítulo **-Abad Francisco, atleta Christi-** se destaca la figura del Abad a la luz de su vida, de su muerte y de su herencia [pp. 135-141]; en el décimo y último de los capítulos **-Testimonios sobre el Abad Francisco y su obra-** se recogen los testimonios de Mark Twain, Gandhi, Thomas Merton y Joseph Biegener [pp. 143-166].

El libro termina con varios apéndices: I) **La historia del Abad Francisco y de su obra en escudos** [pp. 167-172]; II) **La casa del Abad Francisco** [pp. 173-174]; III) **Las cosas del Abad Francisco** [pp. 175-177]; IV) **Una lección de arquitectura** [179-181]; V) **Algo más que una vidriera** [183-185]; VI) **Abad Francisco Pfanner [1825-1909]: Datos sobre su vida y su obra** [187-191].

Aquellas personas que deseen conseguir este libro [Donativo 10 €], así como más información sobre la vida del Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner, o que crean haber recibido alguna gracia o favor por su intercesión, se ruega lo comuniquen a una de las siguientes direcciones de los Misioneros de Mariannahill en España:

C/ Arturo Soria, 249 Bajo A-B [28033 MADRID] - Tfno: 91 359 07 40
C/ Los Zúñiga, 2 [37004 SALAMANCA] - Tfno: 923 22 18 85

Siervo de Dios
Abad Francisco Pfanner [1825-1909]
Fundador de la Trapa de Mariannahill
en KwaZulu-Natal [Sudáfrica]

Tenía casi 55 años, cuando el entonces Prior del Monasterio de Maria Stern en Bosnia, P. Francisco Pfanner, se ofreció voluntario para fundar una Trapa en África del Sur: “Si nadie va, iré yo”.

En la Colina de María y de Ana, con un reducido grupo de monjes que le siguió, fundó la Trapa de Mariannahill el 26 de diciembre de 1882. De ella llegó a ser su primer Abad y desde ella dirigió la fundación de 28 misiones filiales en el tiempo récord de veinte años.

Guiado por la máxima benedictina: Ora et labora, con los casi 300 monjes que la Abadía llegó a tener y con la ayuda inestimable de las Hermanas Misioneras de la Preciosa Sangre, por él fundadas, el abad Francisco trabajó sin descanso para hacer realidad su sueño evangelizador, que queda sintetizado en el lema: Mejores campos, mejores casas, mejores corazones.

En medio de tanta actividad misionera, el abad Francisco confió siempre en la Providencia de Dios. Convencido del valor sin precio de la Preciosa Sangre de Cristo y movido por el Espíritu Santo, supo unir contemplación y actividad. Aceptó la voluntad de Dios en su vida, manifestada en no pocas incomprendiones y enfermedades y, poniendo la mano en el arado, perseveró hasta el final. Puso todas sus misiones bajo la protección de la Virgen María.

En la madrugada del 24 de mayo de 1909, relevado de todos sus cargos, moría en la pequeña misión de Emaús. Había dejado escrito: “Fíjate en el cielo y alégrate. Alégrate porque estarás delante de Dios y le verás. Luchemos y suframos con alegría, coraje y perseverancia hasta el fin”.

El abad Francisco había nacido el 21 de septiembre de 1825 en Langen [Austria]. Siendo universitario sintió la llamada de Dios al sacerdocio. El 28 de julio de 1850 es ordenado sacerdote. Después de trabajar como párroco y capellán de religiosas, ingresó el 9 de septiembre de 1863 en la Trapa de Maria Wald [Alemania]. El 21 de junio de 1869 fundó en Bosnia la Trapa de Maria Stern. Su causa de beatificación, iniciada el 9 de marzo de 1964, se ha reabierto recientemente.



El precio de nuestra revista misionera

Los que recibís Familia Mariannahill sabéis bien que esta revista misionera se envía gratis a los bienhechores y amigos de Mariannahill y de su labor misionera; y que se sostiene con los donativos de sus lectores. No existe, por tanto, una suscripción formal a la misma. Así ha sido desde el principio y así queremos que siga siendo.

Muchos de vosotros, cuando nos hacéis llegar vuestros donativos, sois tan generosos que pagáis con creces el coste real de la revista y de su envío. Os lo agradecemos sinceramente.

Sois muchos también los que utilizáis este cauce de la

revista para hacernos llegar vuestros donativos para misiones, para la formación de nuevos misioneros o para las Causas del Abad Francisco y del Beato Engelmar. Os damos las gracias también por ello.

Pero no sois pocos los que con frecuencia nos preguntáis, con el fin de haceros una idea, cuál es el precio real de los 4 números de Familia Mariannahill anuales y de su envío. Creemos que con un donativo anual de **15,00 €** queda suficientemente pagada esta publicación. Aunque muchos seguiréis mandando más, creemos razonable la insistencia de los que preguntan qué donativo deberían dar que fuera significativo para costear la revista.

Que nadie se sienta obligado, pues sabemos que muchos de vosotros nos ayudáis con vuestra oración, cercanía, cariño y ofreciendo sacrificios por la obra misionera de Mariannahill.

Que Dios os lo recompense a todos como sólo Él sabe y puede hacer.

El Editor



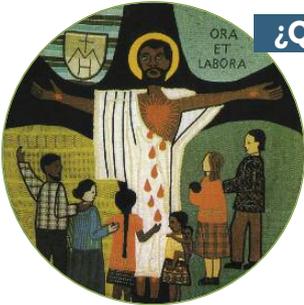
CONGREGACIÓN DE LOS MISIONEROS DE MARIANHILL



¿QUIÉNES SOMOS?

Los Misioneros de Mariannahill [CMM] somos una Congregación religiosa y exclusivamente misionera, formada por sacerdotes y hermanos. Nuestros orígenes están en la Trapa de Mariannahill [Colina de María y de Ana], fundada en 1882 por el Siervo de Dios, Abad Francisco Pfanner [1825-1909], en las cercanías de Durban [KwaZulu-Natal / Sudáfrica].

FOTO: P. DAVID FERNÁNDEZ DÍEZ CMM [Colombia]



¿QUIÉN NOS INSPIRA?

No nos mueve un vago sentimiento de solidaridad. Nos inspira Cristo y sólo Cristo. Porque en su Sangre hemos podido lavar nuestras túnicas, queremos que la feliz marea de esa Sangre preciosa alcance a todos los hombres, pueblos y culturas.

FOTO: ARCHIVO CMM [España]



¿QUÉ HACEMOS?

Ayudar a María para que Ella siga presentando ante todos los pueblos la luz de Jesús. Colaborar en la misión de la Iglesia, mejorando campos, casas y corazones. Animar la dimensión misionera de las comunidades cristianas, suscitando cauces de colaboración.

FOTO: ARCHIVO CMM [España]



FOTO: ARCHIVO CMM [Colombia]

¿DÓNDE ESTAMOS?

ÁFRICA [Kenia/Mozambique/Sudáfrica/Zambia/Zimbabwe]

AMÉRICA [Canadá/Colombia/Estados Unidos]

EUROPA [Alemania/Austria/España/Holanda/Italia/Suiza]

OCEANÍA [Papúa-Nueva Guinea]

Te invitamos a formar parte de nuestra familia:
siendo sacerdote o hermano misionero;
rezando y ofreciendo sacrificios
por nuestro trabajo misionero;
ayudándonos a contactar con jóvenes
con inquietudes misioneras;
apoyando con tus donativos nuestro trabajo.

Misioneros de Mariannahill

C/ Arturo Soria, 249 Bajo A-B · 28033 MADRID

Tel. 91- 359 07 40

www.mariannahill.es

La Caixa

CCC: 2100 9418 07 2200285453

IBAN: ES84 2100 9418 0722 0028 5453

BIC SWIFT CODE: CAIXESBBXXX



Ayúdanos a formar misioneros

Leña, llama, brasa... Para preparar una buena barbacoa se necesita paciencia. El proceso de convertir la leña en brasas, mediante el fuego, requiere su tiempo. Sólo así podremos luego saborear todo aquello que se ha hecho a la lumbre de las brasas.

¿Y si aplicamos estas imágenes en cadena al proceso formativo de los que se sienten llamados a ser misioneros?

Los candidatos vendrían a ser la leña, que primero hay que secar y cortar adecuadamente. Sin esta preparación previa no podrían los candidatos a ser misioneros exponerse al fuego de la formación propiamente tal. Durante el periodo formativo se producen en el formando, debido a la misma combustión de la formación, llamas un tanto aparatosas por su viveza. Así tiene que ser. Pero, con las llamas, aunque éstas sean formidables, no se puede preparar todavía nada. Hay que esperar a que las llamas se apacigüen, la leña devenga en brasas, y se puedan poner en la parrilla los alimentos. Es decir, exponerse al trabajo misionero requiere su tiempo y su paciencia.

A todos los que os sentís cercanos a la Familia Mariannahill os invitamos a ayudarnos en esta peculiar barbacoa de formar futuros misioneros de Mariannahill. Necesitamos de vuestra oración, de vuestros sacrificios ofrecidos, de vuestras limosnas.

The Dreamer



FOTO: ARCHIVO CMM [Colombia]

“En virtud de los votos nos ponemos al servicio de toda la humanidad. Nuestra vocación a la vida religiosa y al servicio misionero constituye una única vocación. Por un lado, el trabajo apostólico de nuestra Congregación es parte esencial de nuestra vida religiosa y, por otro lado, nuestra consagración a Dios nos lleva a estar disponibles para servir a todos [LG 44]. Por ello el espíritu apostólico debe impregnar nuestra vida religiosa, de la misma manera que el espíritu de los consejos evangélicos debe animar nuestra actividad misionera [PC 8].

[Constituciones CMM 219]

En la foto el Frt. Carlos Andrés Torres CMM firma la fórmula de la profesión religiosa sobre el altar de la capilla del Centro Misionero de Mariannahill en Bosa [Bogotá/Colombia], ante la atenta mirada del Superior de la Comunidad, el P. David Fernández Díez CMM.

La foto sirve para ilustrar bien el contenido del número de las Constituciones de Mariannahill, que aparece junto a ella.

En nuestro caso ser religioso y ser misionero son dos realidades inseparables, que se apoyan mutuamente, constituyendo así una única vocación.

Por una lado, nuestro trabajo misionero forma parte esencial de nuestra identidad como religiosos; por otra parte, nuestra condición de religiosos nos capacita y libera para el trabajo misionero.

El que quiera ser misionero de Mariannahill tiene ante sí un reto motivador: impregnar su vida religiosa de espíritu misionero y animar el trabajo misionero con el espíritu de los consejos evangélicos. ■



© Catholicculture.com

«QUITAD LO SOBRENATURAL,
Y NO OS ENCONTRARÉIS CON LO NATURAL,
SINO CON LO ANTINATURAL».

G. K. CHESTERTON

Familia
Mariannahill

www.mariannahill.es